

Algunas consideraciones sobre las relaciones entre Estado, subjetividades políticas, desarrollo económico y globalización en América Latina

Some Considerations on the Relationships between State, Political Subjectivities, Economic Development, and Globalization in Latin America

Mauricio Díaz Lozano¹

Resumen: El documento presenta un análisis de reflexión crítica mediante el cual se relacionan algunos aspectos provenientes de las nuevas formas que ha adoptado el sujeto político latinoamericano frente al impacto que ha generado, sobre categorías como el Estado y el Desarrollo Económico, el trasfondo mundial que ha significado el proceso de globalización en el cual se encuentran inmersos prácticamente todos los países del mundo. El análisis se aborda a través de una metodología comparativa de las variables y pretende mostrar cómo, desde las diferencias y particularidades de la región, es posible generar categorías analíticas y prácticas que pueden, en sí mismas, aportar soluciones desde la realidad propia de los países que hacen parte de ella. En general, se plantean algunas reflexiones sobre la importancia, o no, de impulsar un fortalecimiento de los Estados en la región que impacte positivamente variables internas tales como el Desarrollo Económico y el ascenso político de la sociedad en términos participativos, teniendo siempre, como trasfondo, la realidad mundial que implica el proceso de globalización de las últimas décadas.

Palabras clave: Subjetividad política, desarrollo económico, Estado, globalización.

ARTÍCULO DE REFLEXIÓN

Artículo de reflexión proveniente de la investigación “El nuevo sujeto político latinoamericano en el siglo XXI”, cuyo objetivo fue identificar las características del sujeto político en América Latina en sus relaciones con el Estado y el Desarrollo Económico de la región, en un ambiente de globalización.

Fecha de presentación:

19 de octubre de 2012

Fecha de aprobación:

31 de octubre de 2012

1. Mauricio Díaz Lozano: Economista, Candidato a Magister en Análisis de Problemas Políticos Económicos e Internacionales Contemporáneos, Docente de la Facultad de Negocios Internacionales de la Universidad Santo Tomás, Bogotá D.C., Colombia.

Contacto:

mauriciodiaz@usantotomas.edu.co;
maodlozano@hotmail.com

2. Bajo el concepto de ortodoxia económica se encuentran cobijados aquellos planteamientos alineados con el enfoque económico dominante. Existe un relativo consenso con respecto a que es el pensamiento neoclásico el que detenta esa posición. En consonancia con ello, los preceptos básicos de la ortodoxia son, el individualismo metodológico, la escasez, el egoísmo, la racionalidad, la competencia, la eficiencia y el equilibrio (incluyendo el óptimo de Pareto) (Cante, F y Ramírez, V. 2011, p. 255)

Abstract: *This essay offers a critical reflection analysis linking some aspects derived from the new forms Latin American political subjects have adopted following the impact, on categories such as the State and Economic Development, of the backdrop that globalization represents and in which practically all the countries in the world are immersed. The analysis addresses the matter through the methodological comparison of variables and seeks to show how, based on the differences and specificities of the region, it is possible to generate analytical categories and practices that, as such, can provide solutions based on of the specific reality of the countries thereof. In general, this document offers a series of reflections concerning the importance, or not, of promoting the strengthening of this region's States so as to generate a positive impact on internal variables such as Economic Development and the political rise of society in participatory terms, while always keeping, as backdrop, the worldwide reality that the globalization process of the last decades has brought forth.*

Keywords: *Political subjectivity, economic development, State, globalization.*

Introducción

América Latina, se ha caracterizado por ser, históricamente, una región con enormes dificultades políticas y económicas. Esta situación no ha sido superada, ni mejorada significativamente, a pesar de que muchos analistas y funcionarios, presenten como grandes avances, por ejemplo, el hecho de que hoy en día la región se encuentra democratizada en su mayoría o que el crecimiento económico se ha recuperado notablemente. Las dificultades, por lo general, son analizadas desde una óptica exclusivamente economicista, lo cual no permite ahondar en otros campos que presentan mayor complejidad en el análisis por su carácter subjetivo y de difícil cuantificación.

Recientemente, y en contraposición a la ortodoxia definida desde lo económico², ha surgido, a nivel mundial, una serie de fenómenos sociales y políticos que generan no pocos interrogantes, y no menos complejidades, en los análisis en lo que respecta al verdadero nivel de “satisfacción social” tanto de la población latinoamericana como la del resto del mundo:

Las crisis de deuda, los programas de ajuste recesivo y las manifestaciones agudas de tensión social –que asolaron en las décadas de 1970 y 1980 a diversas regiones del mundo en desarrollo, en particular América Latina y el Caribe– parecen haberse relocalizado en algunos países avanzados, sobre todo, pero no exclusivamente, en lo que se ha denominado la «periferia europea» (Navarrete, 2012, p. 67-68)

El movimiento Occupy Wall Street (OWS), por ejemplo, es una clara respuesta a la crítica situación económica que, en opinión de muchos círculos políticos y académicos, es generada por la fuerte especulación de unos cuantos, lo cual evidentemente impacta también a la región latinoamericana.

Movimientos un poco más lejanos temporalmente, pero cercanos geográficamente, evidencian la inconformidad del sujeto latinoamericano como individuo social, económico y político; entre otros, se podrían mencionar el auge de movimientos sociales como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en México, el movimiento de los Sin Tierra en Brasil, las fuertes movilizaciones indígenas en Bolivia y Ecuador o la movilización del sector rural argentino en 2008. Colombia, un país que no ha tenido una fuerte tradición de protesta y movimientos sociales, recientemente ha visto cómo se levantan algunos sectores en contra de decisiones gubernamentales o de situaciones coyunturales o estructurales; fue significativo, sin embargo, el movimiento estudiantil de 2011,

que logró revertir la propuesta de reforma a la educación propuesta por el actual gobierno de Juan Manuel Santos.

Las circunstancias que generan la inconformidad son cuantificadas mediante aquellos indicadores económicos que sirven para medir los niveles de desarrollo económico, fundamentalmente índices de pobreza e inequidad social. Frente a dichos indicadores, el mundo no ha reportado mejoras sustanciales recientemente: “en los últimos diez años o más, la agudización de las desigualdades de ingreso ha sido la norma en los países en desarrollo (y también en los desarrollados)” (Berry, 2003, p. 102). Esta circunstancia persiste en la actualidad a pesar de la constante preponderancia que los gobiernos dicen darle a las políticas sociales cuyo objetivo final es, precisamente, el de mejorar dichos indicadores.

El evidente fracaso de los Estados latinoamericanos, en términos de inclusión política y de cubrimiento de demandas sociales, dio lugar a que en varios países de la región se haya optado por un giro ideológico evidente a la hora de tomar decisiones electorales; es así como se observa que varios gobiernos han sido asumidos por corrientes políticas de izquierda, bien sea que éstas se definan como moderadas o radicales (la verdadera existencia, o no, de gobiernos de izquierda en la región y su radicalización o moderación harían parte de otra discusión). No obstante, lo que sí resulta evidente es el giro ideológico en la elección de muchos de los gobernantes que democráticamente accedieron al poder en América Latina desde finales del siglo XX. Sin embargo, lo que se debe rescatar de este fenómeno es que existe y representa una novedad para la región, más aún cuando en los últimos años muchos de estos gobiernos han dado por denominarse progresistas. Paralelamente, el proceso de globalización promulgó, desde su sustrato ideológico (el neoliberalismo), un modelo de desarrollo que desmonta esos Estados-nacionales y que propone, como solución a la crisis social latente, el mercado como el mejor de los mecanismos; sin embargo, los resultados obtenidos por esta vía tampoco han sido los mejores.

Es por esto que el análisis debe contar con una buena cantidad de elementos, los cuales tal vez no han sido explorados con detenimiento, y siendo necesario, por ejemplo, profundizar en cuáles son esas características inmersas en los nuevos fenómenos, deteniéndose particularmente en la configuración de los nuevos sujetos latinoamericanos, su papel dentro del proceso de globalización, y los Estados como referentes, tanto internos como externos, para así determinar su real existencia y particularidades.



Síntesis problémica

La realidad política en América Latina, evidencia la aparición de nuevos sujetos “individuales”, en los términos propuestos por Lechner (1999) o “populistas” en los términos de Laclau (2005), los cuales han presentado resistencias frente a la ineficacia del modelo de desarrollo neoliberal global y el dilema frente a una conformación estatal que consolide su fortaleza en la profundización del modelo democrático o la configuración autoritaria. Sin embargo, es necesario reforzar el vínculo que la acción colectiva inmersa en las resistencias pueda establecer con el escenario político, con miras a lograr una síntesis verdaderamente democrática, ya que el sustrato ideológico de la globalización (el neoliberalismo) enfocó las subjetividades en términos meramente individuales y con un contenido exclusivamente económico, lo cual podría diluir aún más la construcción de un escenario público de participación y de constante reformulación del Estado.

La realidad latinoamericana

Autores, como Manuel Castells, ven la globalización como inminente aunque no sostenible. Este autor afirma que se vive un proceso en el cual las acciones –bien sean en la esfera de lo económico, de las comunicaciones o de la tecnología–, tienen lugar en tiempo real y a escala planetaria, según plantea Castells (2003). Estas acciones, a su vez, al encontrarse inmersas en la aceleración de la vida cotidiana, han dado como resultado un fenómeno de “presentismo” en el cual la sociedad no logra darle “sentido” a sus experiencias, por lo que la acción colectiva se dificulta (Lechner, 1999). Si bien la globalización ha sido vista como una opción de fortalecimiento en la participación de la sociedad al disminuir el campo de acción del Estado, Lechner deja claro que la acción colectiva, en este escenario, se vería afectada por tendencias como la “individualización” y el “presentismo”. El Estado pierde margen de acción en sus decisiones para ser remplazado por decisiones civiles que tampoco son plenamente soportadas desde lo político y lo económico; influye en que la forma de acceder a los mercados mundiales sea precaria y subordinada, en detrimento de alternativas que económicamente podrían resultar más óptimas para la región:

Se mantiene así una inserción internacional subordinada a la globalización, en la que los países siguen siendo tomadores de precios, no coordinan entre sí la comercialización de sus productos y defienden la liberalización del comercio global. Esto explica el apoyo de varios gobiernos progresistas a las instituciones de gobernanza global (como la Organización Mundial de Comercio, OMC), así como el estancamiento de la integración regional dentro de América del Sur. (Gudynas, 2012, p. 133)

En este sentido, resultaría válida la propuesta de Ernesto Laclau quien, en su intento por desligar al populismo de la connotación negativa que se le ha impuesto, esboza algunos rasgos de racionalidad en el mismo; por lo tanto, los movimientos sociales y las resistencias podrían situarse en dicha racionalidad, ya que son expresiones de carácter popular. Laclau (2005) afirma que no se deben desconocer ni la ideología ni la retórica de los movimientos en su contenido, pues ésta última, al no ser vacía, construye identidades populares y constituye “sujetos populistas”; de esta forma, es posible observar a los movimientos desde una óptica de acción política en la cual lo relevante es la “*secuencia discursiva*” sobre la que construyen su proyecto. Si a esta propuesta se le suma la de Boaventura de Sousa Santos (2005), al referirse a las alternativas para la izquierda, se amplía el espectro con el concepto de “*pluralidades despolarizadas*”, que permitiría la construcción de articulaciones en torno a un objetivo que implique prácticas colectivas y en el cual el carácter multicultural sería un “*factor de enriquecimiento y de fuerza colectiva*”.

No obstante, la complejidad del problema se acrecienta cuando el debate gira en torno a dos opciones: de un lado, al aprovechamiento del ascenso de la sociedad en su fuerza colectiva, como opción de construcción política, dejando atrás la alternativa de reconstrucción estatal; y de otra parte, la que plantea que es necesaria la reconstrucción

del Estado para que las sociedades de la región logren estándares democráticos y de desarrollo más óptimos.

Se podría afirmar, que en una región en la cual nunca se ha logrado construir un Estado que oriente la acción política a la inclusión democrática de la mayoría y que tampoco ha reportado los mejores resultados en materia de desarrollo, quizás una interesante opción sería permitir que se profundice aún más en ese proceso en el cual la sociedad ha ganado notables espacios de acción, ya que la nueva configuración gubernamental de la región genera serios interrogantes frente a la sostenibilidad del esquema productivo que se ha consolidado, el cual se muestra claramente dependiente de la producción primaria y de la explotación de las ventajas absolutas, en términos de disponibilidad, de algunos recursos naturales.

Sin duda América del Sur, gobernada mayoritariamente por partidos y movimientos que se autodefinen como progresistas, ha logrado varios avances en los últimos años, en general centrados en la reducción de la pobreza y el regreso de un Estado más activo. Sin embargo, parte de los buenos desempeños van en paralelo a la consolidación de un modelo sostenido en la explotación de la naturaleza –desde el gas hasta la soja, pasando por una diversidad de productos de la minería– y la consolidación de lógicas y prácticas extractivistas. (Gudynas, 2012, p. 128)

Se observa que el problema de la subjetividad se encuentra inmerso en el entramado social, cultural, político y económico, por lo tanto, cualquier cambio novedoso en los sujetos está necesariamente determinado por estos campos y/o los determinará. Pero, ¿se podría hablar entonces de un nuevo sujeto latinoamericano? ¿existe tal novedad desde lo políticamente subjetivo, que impacte también en el campo económico? Efectivamente, y retomando el planteamiento de Lechner (1999), se observa que el impacto de la globalización ha dado lugar a un sujeto más individual que actúa en términos temporales distintos (“presentismo”). Sin embargo, es posible afirmar que su interés final continúa siendo el mismo; ha luchado, desde siempre, por su reivindicación representativa en el escenario público, aspiración que, precisamente por ese “presentismo”, podría verse nuevamente truncada ya que ese rasgo obstaculizaría la construcción de un escenario de debate público al disminuir la capacidad de proyección de la política, lo cual no le permite definir objetivos sociales (Lechner, 1999).

En cuanto al papel del Estado, para Castells (2003), el Estado-nación ha sufrido una mutación que lo ha llevado a separarse de la sociedad en busca de asumir un rol modernizante, sustentado en la ideología de mercado, que no ha logrado consolidar. Ese Estado ha buscado legitimarse mediante la descentralización administrativa y la participación ciudadana, al igual que con el reconocimiento de Organizaciones No Gubernamentales (ONG), lo cual, sumado a su relación con el ámbito externo, configura lo que este autor denomina “Estado-red”, más flexible y eficaz, pero menos democrático y transparente. Las identidades son descritas, entonces, desde una perspectiva sociológica weberiana enfocada en la acción social y su sentido, con una clara tendencia al individualismo, constituyéndose en otra forma de Estado para el caso Latinoamericano, en contraposición a aquel, de corte más progresista, que se describió previamente.

La subjetividad, en Castells, estaría inmersa en el nuevo “modelo de desarrollo informacional”, en el cual, productividad y competitividad serían el afán fundamental de la sociedad y la inclusión del sujeto estaría determinada por su valor en términos económicos. En este sentido, el afán individualista primaria y la acción colectiva tendría que estar subordinada a lo que, en términos de beneficio económico, sea más viable.

la complejidad del problema se acrecienta cuando el debate gira en torno a dos opciones: de un lado, al aprovechamiento del ascenso de la sociedad en su fuerza colectiva, como opción de construcción política, dejando atrás la alternativa de reconstrucción estatal; y de otra parte, la que plantea que es necesaria la reconstrucción del Estado para que las sociedades de la región logren estándares democráticos y de desarrollo más óptimos.

3. Es evidente que esta situación se ha visto configurada en la realidad de muchas regiones en Colombia, en las cuales han sido los grupos armados al margen de la ley (de izquierda o derecha), quienes determinan el poder y las decisiones políticas locales, en ausencia o en connivencia con la representación estatal, en prácticamente todas sus instancias

En este escenario, tendríamos que aceptar que la política, como espacio público de deliberación y construcción social, estaría en crisis. Sin embargo, el desmonte de ese Estado corporativo y “oligárquico” (Cavarozzi, 1996), podría estar brindando un espacio en el cual la sociedad pueda actuar en términos colectivos y, de esa forma, construir un nuevo escenario político con mayor participación que permita fortalecer la democracia.

Faltaría ver qué tan preparadas se encuentran estas sociedades para asumir dicho rol, o qué tan “independientes” son los movimientos sociales, sobre todo los rurales, ya que podrían estar, aún hoy día, influenciados por fuertes poderes locales, más o menos en los mismos términos de coalición que plantea López-Alves (2003) cuando describe la formación del Estado latinoamericano; en muchos casos los jefes-teratenientes locales (generalmente por vías coercitivas) utilizaron a la masa de campesinos para oponer resistencia al gobierno central, lo cual podría estarse repitiendo en la actualidad³ ya que sigue siendo recurrente que el aparato gubernamental no atienda plenamente las solicitudes del o de los colectivos que así lo demandan.

[...] el Estado puede simplemente ignorar o enquistar las demandas y los conflictos, o incluso rechazarlos [...] ya que muchos reclamos parten de grupos ciudadanos numéricamente pequeños, como comunidades campesinas o indígenas, que no generan presión política suficiente ni significan un riesgo electoral, y además reciben poca atención en los centros urbanos por estar localizados en sitios remotos. Ejemplos de esta situación son las posturas de minimizar los impactos ambientales de las grandes represas amazónicas sostenidas por Lula, o la condescendencia irónica de Mujica con los ecologistas. (Gudynas, 2012, p. 138)

El profesor De Sousa (2005) plantea otro problema cuando advierte que, en cierto sentido, los movimientos sociales responden a la urgencia de superar la crítica situación social pero sin definir claramente un objetivo de fondo, lo cual presenta una clara similitud con el planteamiento de Norbert Lechner en cuanto al carácter “presentista” de los sujetos y sus acciones. Ante la existencia de demandas sociales tan elevadas, sería entonces necesario preguntarse por la pertinencia de un ente central que oriente esfuerzos y recursos a cubrir las cuando la acción colectiva, en términos temporales, se encuentra inmersa en una aceleración que no le permite consolidar proyectos de largo plazo. Surgen entonces un par de dilemas: ¿el impacto de esa aceleración de las relaciones sociales, estaría determinando una disminución del campo de lo público y de la política en sí? y de estarse viviendo un giro subjetivo hacia lo individual, ¿cuál sería el papel o la forma que adoptaría el Estado en ese nuevo escenario? La respuesta de Lechner en su texto de 1999, tiende a aceptar que América Latina vive un cambio de época, lo cual necesariamente implica un cambio cultural. No obstante, existen continuidades, como la supervivencia de la sociedad como orden colectivo y del Estado, que sigue siendo el gran ordenador; se observa que, a pesar de la novedad subjetiva, Lechner no se desprende de un elemento tradicional, el Estado, afirmando que éste debe ser fuerte para que la sociedad también lo sea.

En este sentido, es claro que el Estado, como ese actor de central relevancia en la vida pública e individual de las sociedades, no puede ser desconocido ni tratado como si fuese un moribundo próximo a desaparecer por cuenta de lo que la modernidad globalizada ha pretendido. Sigue y seguirá siendo el Estado, uno de los principales componentes del actuar en el ámbito nacional o internacional, en aspectos de índole político, económico, social y, en general, en prácticamente todas las variables que definen el derrotero de cualquier sociedad.

Es importante, en este punto, efectuar una referencia comparativa con respecto a lo que, en términos de Política Económica, han implementado países como Estados Unidos para afrontar y superar la última crisis financiera a nivel mundial. Dicho país, a pesar de ser el abanderado de lo que se podría denominar una “liberalización de los demás” y una limitación extrema del papel estatal, no tuvo problema en lanzar, como soluciones, medidas claramente intervencionistas, acudiendo al más acérrimo keynesianismo, optando

por el reposicionamiento de un Estado que debe tomar decisiones fundamentales y que debe continuar asumiendo ese papel central en los campos económico y político. Resulta clara la aplicación del paradigma realista, propuesto desde las Relaciones Internacionales, en cuanto a la toma de decisiones por parte de este Estado, lo cual puede servir como referente con respecto a la necesidad, o no, de construir y consolidar unos verdaderos Estados latinoamericanos que sean capaces de afrontar crisis, tomar decisiones y servir como motores de la consolidación de un escenario público en el cual se logren atender las múltiples demandas sociales que persisten en la región. Lo que resulta evidente en este punto es que los Estados continúan siendo actores de profunda relevancia, tanto a nivel interno como externo, a diferencia de lo que de manera doctrinaria pretendía y, en ocasiones, logró imponer la orientación neoliberal.

Sin embargo, la propuesta de un fortalecimiento estatal que impulse la consolidación de una verdadera sociedad civil sería debatible si aceptamos que el Estado latinoamericano ha sido históricamente débil, adoptando formas que no han logrado una consolidación en términos democráticos, en tanto que ha primado la ausencia de un escenario de lo público en el cual se logre una síntesis social entre unas élites semi-burguesas y unas masas dominadas las cuales, por lo tanto, no han logrado construir esa sociedad fuerte a la que se refiere Lechner. El mismo Lechner, junto con Tomás Moulian y Angel Flisfich (1985), llama la atención sobre la ausencia de apertura de la democracia y la débil construcción de un escenario de deliberación política, situación ante la cual se percibe una lógica denominada por Fernando Henrique Cardoso de "dialéctica negativa" –dado que, ante la multiplicidad de intereses no existen instancias para la mediación–, generando así una deriva histórica. La solución esbozada por los autores ante esta situación es la creación de un nuevo estilo político del tipo democrático deliberativo que, desde la responsabilidad y tolerancia, permita la integración de los intereses.

El debate se encuentra abierto y el interrogante central plantearía si, en un Estado menos fuerte, tendría la sociedad mayor campo de acción en lo político? O ¿sería el ascenso de lo colectivo lo que finalmente logre consolidar un Estado fuerte? Resultan paradójicas las preguntas y, obviamente, sus respuestas, ya que el Estado latinoamericano nunca ha sido realmente fuerte y la movilización, en términos colectivos, tampoco. Han existido Estados autoritarios, pero no uno que se pueda calificar como fuerte en términos

de legitimidad, así como también se han configurado movimientos sociales importantes pero no con la fortaleza suficiente como para implementar cambios relevantes en lo político o en lo económico.

En últimas, y dejando de lado la causalidad y las dudas previamente planteadas al respecto, principalmente en lo que hace referencia a la falta de consolidación de Estados realmente democráticos en la región, resulta elemental la apreciación de Lechner cuando afirma que para una sociedad fuerte es necesario, también, un Estado fuerte aunque éste pueda haber parecido una figura obsoleta en el escenario global, en el cual se supondría que la tendencia es a disminuir tanto el tamaño como la capacidad de actuación de los Estados para dar paso a nuevos actores como la sociedad, el mercado y los entes supranacionales, entre otros. La última crisis financiera internacional y la forma en que se ha pretendido superar muestran, con elementos prácticos, que los Estados han ganado nuevo margen de acción y que lo nacional retoma fuerza, aún en procesos de integración económica tan sólidos como la Unión Europea.

La separación entre Estado e identidad nacional, ocasiona una crisis de cohesión social, que se intenta superar mediante la identidad individual y unas identidades comunitarias más fuertes. Es evidente, entonces, que la capacidad integradora del Estado se pierde, provocando un distanciamiento entre representatividad y legitimidad, lo cual, en última instancia, ha conducido a una crisis de identidad, según plantea Castells (2003). Sin embargo, cabría preguntarse si dicha crisis es en realidad novedosa, teniendo en cuenta que las sociedades latinoamericanas no han logrado consolidar verdaderas democracias y la exclusión política ha sido la constante, tanto en el “viejo” Estado desarrollista como en el “nuevo” Estado neoliberal con orientación al mercado, y tal vez así lo siga siendo en un próximo Estado autodenominado “progresista” en los términos en que ha planteado Gudynas (2012). El debate, sin embargo, sigue girando en torno a aquella antigua confrontación teórico-filosófica básica entre mercantilistas y fisiócratas o entre monetaristas y keynesianos: “supremacía del mercado o persistencia del Estado”, “supremacía de lo supranacional o persistencia de lo nacional”, “globalización o nacionalización”.

En este sentido, los nuevos elementos de la política latinoamericana, pasarían por la consolidación democrática en términos de cubrimiento de demandas sociales: el acceso a los servicios públicos esenciales (educación, salud, alimentación, etc.), es un problema de gran relevancia en la propuesta socialista de Atilio Borón (2005) para quién, desde una óptica marxista, resulta incoherente un régimen político igualitario (democracia) con un sistema económico desigual (capitalismo). El debate político contemporáneo en la región debe estar orientado, por un lado, a la consolidación de los movimientos sociales como alternativa de construcción de un escenario de lo público, para lo cual deben fortalecerse con miras a construir proyectos políticos de largo plazo y, por otro, a la asimilación en la región de las ventajas y limitantes que pueda ofrecer el proceso de globalización. Se tendrán que brindar opciones creativas a dicho proceso, dentro de las cuales deben caber propuestas novedosas así como, también, nuevas formas democráticas que no necesariamente estén exclusivamente ligadas al modelo de mercado y sus fundamentos financieristas; tal proceso, de hecho, está siendo revaluado, no sólo a nivel latinoamericano sino también a nivel mundial. En la última obra de Jeff Madrick (2011), *La era de la codicia. El triunfo de las finanzas y la decadencia de Estados Unidos, desde 1970 hasta el presente*, se presenta un análisis que evidencia, a través de elementos históricos, el grave daño que se ha generado sobre la economía por el afán individualista y la aceptación a ultranza del “motor egoísta” planteado desde Smith y, por supuesto, por la falta de regulación e intervención por parte del Estado.

La última crisis económica ha sido relacionada por importantes intelectuales y analistas de la actualidad, con la ausencia de Estado:

A diferencia de la registrada en los años 30, la actual no es una crisis de inversión excesiva en los países avanzados ni una crisis de realización, [...] sino una crisis financiera causada por la desregulación «salvaje» del conjunto de los mercados, y en especial de los mercados financieros y del mercado laboral. (Salama, 2012, p. 56)

Las instituciones de Bretton Woods han actuado como alfiles de la política neoliberal, provocando el estancamiento económico de sus más fieles seguidores, los países de América Latina, al haber eclipsado el papel del Estado a favor de la operación de un mercado que ha propiciado el estancamiento y la desigualdad (Martínez, 2007, p. 425)

Castells (2003) propone la construcción de un escenario latinoamericano más autónomo, que puede sustentarse en procesos de integración regional, en el cual los actores logren articularse con lo global y con los sistemas políticos nacionales. Muchos de los movimientos sociales y las resistencias en la región han adoptado formas globales, en sus objetivos y en sus formas de organización, según lo plantean Antonio Negri y Giuseppe Cocco (2006), por lo cual, la construcción de un modelo democrático desde abajo podría pasar por el fortalecimiento de la acción colectiva en estos términos.

Conclusión

América Latina se encuentra inmersa en el proceso de globalización, el cual ha tomado tal fuerza a nivel mundial que resulta prácticamente inevitable apartarse de este camino, sobre todo si se observa la débil posición de la región en términos de autonomía política y económica. El nuevo modelo de desarrollo, bajo el cual la región debe operar en todas sus instancias, tiene como base el avance tecnológico, principalmente en campos como las comunicaciones y el conocimiento. En este sentido, un gran interrogante sería, ¿se encontrará América Latina inmersa en un nuevo proceso de desarrollo, en una nueva revolución como la industrial, en el cual ya, de hecho, esta relegada? Por esta razón, el fortalecimiento de opciones políticas novedosas, como el ascenso de la sociedad a través de movimientos que presenten resistencias orientadas a un modelo más acorde con la realidad latinoamericana, podrían resultar de gran relevancia en la construcción de un escenario político que brinde la posibilidad de obtener beneficios materiales, como los que se hallan directamente relacionados con lo real, desde el punto de vista económico, y no beneficios concentrados en unos cuantos y que normalmente se encuentran determinados por un esquema en el cual “el mundo de las finanzas parece separarse del de la producción” (Salama, 2012, p. 60). Sin embargo, es necesario revestir a estos movimientos y estas nuevas formas de subjetividad de contenidos sociales, culturales, políticos y económicos sólidos que les permitan construir un proyecto sostenible en el largo plazo.

Desde la esfera de actuación estatal, como se plantea bajo la óptica de Alexander Tarassiouk:

Un modelo verdaderamente alternativo incluye un Estado fuerte, con las funciones orientadas al desarrollo endógeno de gran contenido social, o sea, con un énfasis en la creación de empleos, aumento de los ingresos de la población y solución de problemas de la infraestructura social. (2007, p. 61)

Así, resulta evidente que el rol orientador y regulador del Estado, en aspectos económicos, no puede ser desconocido bajo la lógica del mercado y su supuesto funcionamiento pleno. Desde lo individual hacia lo colectivo y, en última instancia, en la consolidación de un aparato estatal que permita superar situaciones críticas en lo material y lo social, se encuentran argumentos de gran validez para que siga existiendo el Estado bajo su tradicional configuración de rector político, social y económico.

Realidades externas, como el proteccionismo europeo y estadounidense en el sector agrario o la vertiginosa industrialización de los países del Este Asiático, que fueron alcanzadas gracias a una decidida y eficiente participación del Estado, podrían servir de punto

Castells (2003) propone la construcción de un escenario latinoamericano más autónomo, que puede sustentarse en procesos de integración regional, en el cual los actores logren articularse con lo global y con los sistemas políticos nacionales.

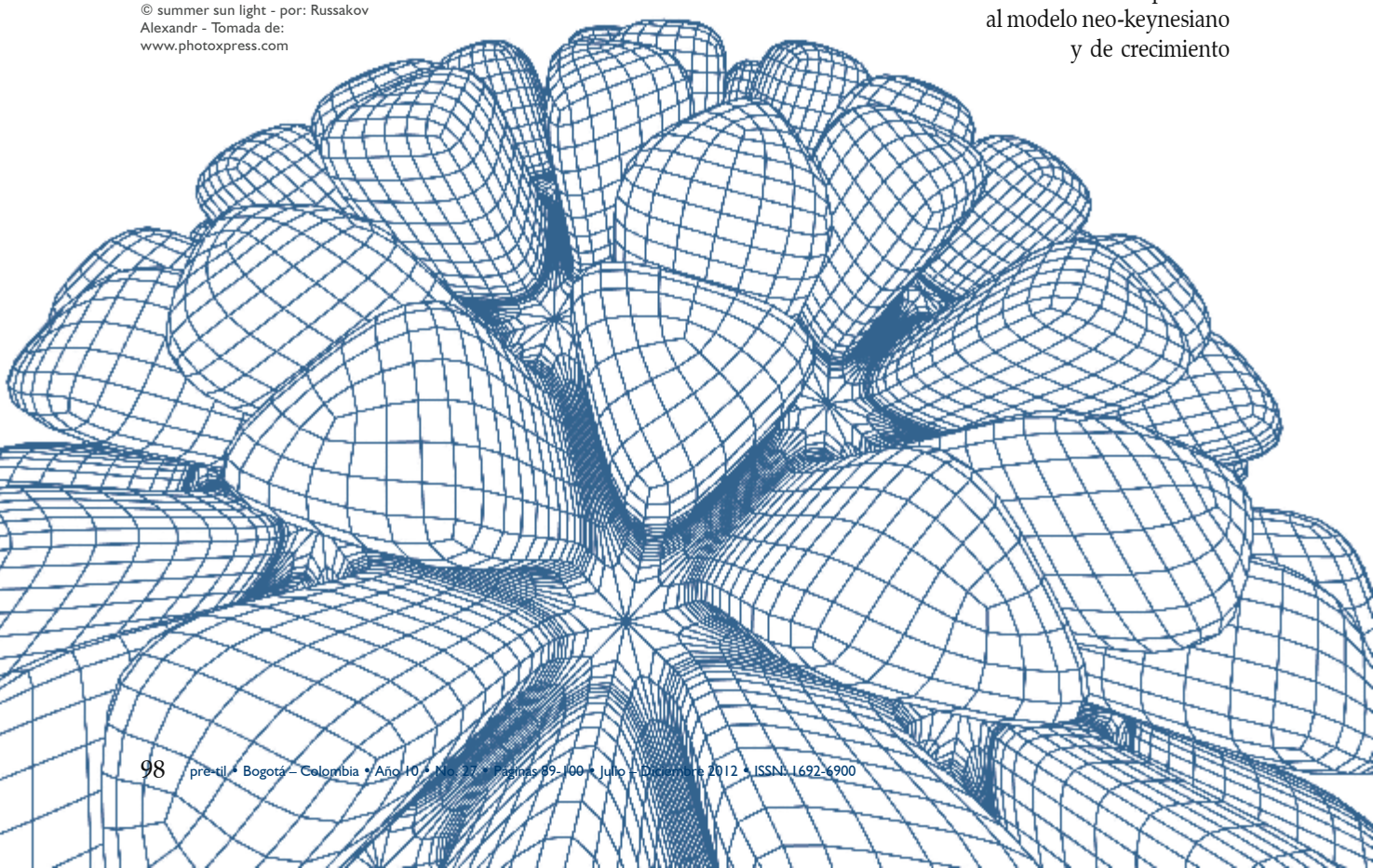
de partida para el diseño de soluciones orientadas a alcanzar niveles de desarrollo más satisfactorios; suavizar las medidas neoliberales no significa que el país se abstraiga del proceso global en marcha, sino que lo oriente de manera gradual y evite aquellos impactos negativos que han sido claramente evidenciados en la realidad de no pocas naciones.

Los comienzos de siglo y de milenio estuvieron marcados por acentuados males globales como la pobreza masiva de naciones inviables, el sobrecalentamiento global, la fragilidad e incertidumbre en materia de seguridad (no sólo militar sino también alimentaria y ambiental), y la crisis financiera internacional. Semejante malestar global pone en cuestión no sólo la senda hacia el desarrollo de los eufemísticamente bautizados países subdesarrollados, sino la viabilidad misma de los países desarrollados. (Cante, F. y Ramírez, V. 2011, p. 254)

La coyuntura y los sucesos a nivel mundial deben llamar a la reflexión frente al futuro económico, social y político que la región pretende configurar, a través de esas fundamentales variables que lo determinan, una vertiente de economía política propia que se fundamente en la consolidación de un escenario de debate públicamente participativo, de tal manera que tanto el colectivo como el ciudadano en su célula fundamental se vean representados y encuentren allí las respuestas adecuadas a sus demandas, lo cual debe contar con un Estado consolidado y claramente orientado a definir un derrotero que contemple el bienestar y la calidad de vida como objetivo central en sus actuaciones, a través de políticas sociales que así lo permitan, con el trasfondo de una globalización adaptada a la región, como elemento transversal de soporte para el desarrollo económico y la consolidación política en términos "latinoamericanamente participativos".

Al respecto, es relevante señalar que en el diseño e implementación de estas políticas influye decisivamente el andamiaje teórico por el cual se opte y el tipo de pobreza que se priorice atacar (absoluta o relativa). Entre otros, se pueden destacar modelos teóricos como el conservador que privilegia al ahorro, por lo cual una distribución del ingreso más concentrada en el capital aumentaría la tasa de ahorro nacional, la inversión y el crecimiento económico en contraposición al modelo neo-keynesiano y de crecimiento

© summer sun light - por: Russakov
Alexandr - Tomada de:
www.photopress.com



endógeno que encuentra una complementariedad entre crecimiento e igualdad social; una distribución más equitativa generaría mayor consumo y, por ende, mayor crecimiento al aceptar que una mayor demanda agregada impulsa el crecimiento. Teniendo en cuenta que, bajo múltiples matices, diferentes países han adoptado políticas en uno u otro sentido, las cuales han variado a lo largo del tiempo, pero que no han generado el impacto ni los resultados deseados en materia social, se hace necesario profundizar en los análisis para formular propuestas que reporten resultados más óptimos en este aspecto y que no se profundice la configuración de unos Estados altamente ineficaces en su actuar.

En últimas, la propuesta queda abierta y América Latina es una región que, desde sus conformaciones políticas, económicas, sociales y culturales iniciales, ha presentado gran infinidad de retos analíticos y prácticos. En este documento se abordó una de las tantas aristas que el problema planteado puede tener en su respuesta. No obstante, el camino que se abre es diverso y, por lo tanto, las posibilidades de profundizar en el tema, o de abordarlo desde muchas otras ópticas, son verdaderamente amplias.

Referencias

- Berry, A. (2003). Respuestas de Política a los Problemas de Pobreza y Desigualdad en el Mundo en Desarrollo. *Revista de la CEPAL* No. 79, 101-115
- Borón, A. (2005). La Izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI: promesas y desafíos. En: *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y su trayectoria futura*. Bogotá, Colombia: Editorial Norma.
- Cante, F y Ramírez, V. (2011). Hacia un cambio radical en la lógica del desarrollo. *Cuadernos de Economía*. Universidad Nacional de Colombia, Volumen 30 No. 54, 253-280
- Castells, M. (2003). Panorama de la era de la información en América Latina: ¿Es sostenible la globalización?. En: *¿Es sostenible la globalización en América Latina? Debates con Manuel Castells*. Vol. II, *Nación y Cultura. América Latina en la Era de la Información* (Coordinador: Fernando Calderón.). Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Cavarozzi, M. (1996). Elementos para una caracterización del capitalismo tardío. En: *El capitalismo político tardío y su crisis en América Latina*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens Ediciones.
- Gudynas, E. (2012). Estado compensador y nuevos extractivismos: las ambivalencias del progresismo sudamericano. En: *Revista Nueva Sociedad* No. 237, 128-146
- Kaplan, M. (1990). *La crisis del Estado Latinoamericano*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Laclau, E. (2005). *La razón Populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lechner, N., Moulian, T y Flisfich, A. (1985). Problemas de la democracia en América Latina. En: *Democracia y Desarrollo en América Latina*, (Coordinador: Fernando Cepeda Ulloa). Buenos Aires: Editorial GEL.
- Lechner, N. (1999). *Las condiciones sociopolíticas de la ciudadanía*. Conferencia de clausura del IX Curso Interamericano de Elecciones y democracia. México: CAPEL.
- López-Alves, F. (2003). *La formación del Estado y la Democracia en América Latina*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Madrick, J. (2011). *Age of Greed: The Triumph of Finance and the Decline of America, 1970 to the Present*. New York: Alfred A. Knopf.
- Martínez, I. (2007). Frente al desarrollismo y el neoliberalismo, diseñar una nueva economía política. En: *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización*. Homenaje a Celso Furtado. Vidal, Gregorio; Guillén R., Arturo (comp.).